



vida. Supongamos un pueblo en que el sacerdocio forma una casta especial; no tendrá necesidad este pueblo de ocuparse en la lengua santa, que concluye por ser objeto de un estudio ilustrado. Lo mismo sucede con las lenguas de Asia. Aunque la generalidad de los sacerdotes no quieren tomarse la molestia de aprenderlas, limitándose solamente á recitar formularios de oraciones que ni siquiera ellos comprenden, no importa; las Santas Escrituras se conservarán de esa manera, y no faltará de entre ellos uno que, amante del estudio, se ocupe en interpretarlas.

Esto ha sucedido también en la Europa Occidental. Sabemos que todas las lenguas aquí usadas, por lo general son hijas de una gran madre, hoy muerta; es decir, del latín. Sus diversos dialectos dieron origen á tantas lenguas como se desarrollaron con la literatura de los pueblos. Mas el latín halló su seguro apoyo en el culto público y en nuestras Santas Escrituras. Sólo el clero la entendía. Poco faltó, dice un autor, para que pudiera honrarse con el dictado de lengua santa, como las de Oriente; dos circunstancias lo estorbaron en verdad: la regeneración de la literatura clásica en Italia en el siglo XIV, que hizo de ella un uso general, y también la lengua de las clases superiores y la disciplina que restringió el uso á las iglesias. La lengua latina tiene, no obstante, en el seno del catolicismo, cierto sello de misteriosa santidad, que la ennoblece y la conserva pura al través de los siglos.

No hemos querido más que indicar este fenómeno en Asia, reservándonos algunos pormenores para cuando hablemos de cada pueblo en particular.

Aunque el conocimiento del Asia entera no pertenece más que á nuestra época, los griegos, sin embargo, conocieron en tiempos de los persas una parte mayor de la que pudiéramos imaginarnos. Visitaron los países del imperio persa, del Mediterráneo al Indo y el desierto de la pequeña Bucaria en toda su extensión. El conocimiento del Asia central ó país de las llanuras tártaras y mongoles, y de las poblaciones y tribus errantes en aquellas regiones, especialmente en las cercanías del mar Caspio, data de tiempos de Herodoto. No es más que sobre los lugares extremos del Asia septentrional y oriental, en donde reina aún la oscuridad, por más que ya algunos rayos de luz van desvaneciendo aquellas densas tinieblas, y hacen esperar que pronto penetrará allí la luz del progreso y de la ciencia cristianos, merced á los heroicos misioneros católicos.

Las tribus errantes en las llanuras de Asia, luchando por ocupar los mismos pastos, ó apoderarse de los mismos rios, ó enemistándose por robos, por celos ó por amor á las más hermosas mujeres, venían frecuentemente á empeñar una lucha, que al fin originaba una conquista. El jefe de la tribu que resultaba vencedora aspiraba á extender su dominio, y así llegaba á reinar despóticamente sobre varios pueblos y comarcas.

El espíritu mismo de invasiones y conquistas general en Asia, impedía la definitiva constitución de los pueblos, permaneciendo siempre sus destinos á merced de los más decididos y valientes invasores. El triunfo daba cierto carácter de superioridad á los vencedores sobre los vencidos, de donde nació en algunos imperios la diversidad de castas.

CAPÍTULO III

Pueblo primitivo.—Primeros países habitados.—Primeras sociedades

Los orígenes de un pueblo primitivo, así como los de una lengua madre, aparecen hoy velados bajo la sombra de inexplicable enigma para la razón humana, entregada á sus propias fuerzas; mas la Historia, lo mismo que todas las ciencias, recibe de la esplendorosa luz de la revelación rayos luminosos que esclarecen el horizonte de la vida de la humanidad.

No se oponen, antes confirman una vez más, á las relaciones bíblicas, las modernas investigaciones de la crítica, de la filología y aun de la verdadera geología, no debiendo embarazar al presente el hilo de nuestra relación ninguna de las teorías prehistóricas, de que al final del tomo primero nos ocuparemos.

Tiene la historia humana á un origen común, como la vida del hombre á una familia, como el caudaloso rio á la fuente de donde nace; y ha sido siempre considerada como centro y origen de la vida, la hermosa y fecunda tierra del Asia, cuna del género humano, cuna de la descendencia de Adam y de las generaciones de Noé, pueblo primitivo en los fastos de la Historia.

Siguiendo en esta materia á un célebre expositor (1), veremos converger el movimiento humano hácia el suelo donde Dios colocó á la primera pareja humana, fuente y origen del pueblo primitivo, cuya historia llevamos ya narrada.

Quien deseara saber de dónde nace el Nilo, debería caminar contra su corriente, preguntando de país en país de qué punto vienen allí sus raudales; y de este modo, al través de sus infinitas tortuosidades, de bosques, arenas, de-

sapariciones y cataratas, se iría acercando á las fuentes. Este mismo método conviene adoptar respecto del curso de las naciones. Si preguntamos á los pueblos de Europa de qué punto provienen, nos responderán unánimemente que de Asia. Conocemos indudablemente el origen de muchos de ellos, y estudiando las antiguas emigraciones y los restos de los destruidos idiomas, no sólo vemos que los celtas, cimbrios, slavos, galos, germanos, lapones y fineses proceden de Asia, sino que señalamos el puesto que cada uno de ellos ocupó en las inmediaciones del mar Negro, en la Tartaria, á orillas del Ganges, ó donde quiera que se encuentran vestigios de su idioma. Si de los demás no podemos dar tan puntuales noticias, por lo ménos vemos que todos por sus tradiciones se remontan hácia el Oriente.

A tal punto de barbarie ha llegado el Africa, y tanto tiempo ha permanecido la América separada de su tronco, que apenas es dado columbrar semejanza entre estas dos ramas; sin embargo, ya hemos demostrado algunas, y lo poco que aún subsiste de sus tradiciones indica una procedencia exterior y de las regiones de Asia.

Quien vaya luego siguiendo los matices del color del cutis, se convencerá más y más de que los africanos proceden del Asia Meridional y los americanos de la Oriental.

En Asia, por el contrario, todo revela una suma vejez. Allí es donde aparecen los antiquísimos idiomas, que bajo formas inalterables y metódicas encubren la palabra bajo la sombra misteriosa del jeroglífico y del símbolo, y á los cuales se apiñan, como sobre un núcleo, todos los restantes del mundo. Si se pregunta de

(1) Cantú, t. I.



dónde se sacó el modo de fijar la palabra, la Grecia se confesará deudora al Asia del alfabeto, que engendró todos los demás; de allí vinieron los guarismos, de allí los conocimientos astronómicos y los gérmenes de civilización ocultos en las cosmogonías; de allí las doctrinas filosóficas y religiosas que iluminaron ó deslumbraron á la humanidad, y allí veremos acudir, como á una fuente, á cuantos sábios han ilustrado los tiempos antiguos.

Si de estos instrumentos de la civilización pasamos á la civilización misma, la veremos aparecer primeramente en Asia, y desde allí difundirse por todas las demás partes del mundo. Su primera manifestación es el dominio sobre los animales. Pues bien; la mayor parte de aquellos que en el día rinden vasallaje al hombre, vagan aún montaraces por el corazón del Asia; las montañas que la atraviesan son el país originario del búfalo, del toro, de la danta, de que proceden nuestros rebaños; y del antilope y la gacela, de cuya unión desciende nuestra cabra. El reno salta por las elevadas cimas que limitan la Siberia por el Oriente y en la cordillera de los montes Urales; el camello vaga errante por los dilatados desiertos que median entre el Tibet y la China; gruñe el jabalí en los bosques de encinas y hayas que sombrean la parte más templada del Asia, y en cuyos añosos troncos habitan también el gato montes y el chacal, primitivo origen de nuestro perro (1).

El hombre llevó en pos de sí á estos siervos, que le dulcificaron un tanto la sentencia de tener que ganarse el pan con el sudor de su rostro; animales cuyas razas abundan á proporción que el viajero se va acercando al Asia, y escasean á medida que se separa de aquellas regiones. La nueva Guinea y la Nueva Zelanda no poseen más que el perro y el cerdo. La Nueva California sólo tiene el primero de estos dos, y la América en su vasto dominio no tiene más que el guanaco y el llama. La misma Europa no cuenta como suyas propias sino 15

(1) Los naturalistas modernos han demostrado que la genealogía del perro que da Buffon es un sueño; como otras muchas de sus teorías.

ó 16 familias de los animales que viven más inmediatos al hombre, comprendiendo entre ellas el ratón y otros de su especie; todas las demás las ha traído del Asia. En este país es en donde aparecen aún en toda su nativa hermosura; en ninguna parte se lanza el caballo á competir con el viento en ligereza como en la Arabia, ni el camello presta con más paciencia servicios de consideración al hombre; los poetas comparan á sus héroes con el asno silvestre y el doméstico; los rebaños, la cabra de Angola, el argali y el macho cabrío silvestre, no tienen rivales en ninguna otra región; y allí hace siglos que el elefante, si bien como individuo, no como especie, es esclavo del hombre.

Y de qué importancia fuese la conquista de los animales, puede inferirse, considerando lo que serían la agricultura sin el buey y el jumento, el desierto sin el camello, el kamschadalo sin el perro y el árabe sin el caballo, á cuya falta se atribuye la inferioridad del americano. No debe perderse de vista que el hombre no ha conseguido desde aquellos primeros tiempos domesticar otros animales, por más que en el Nuevo-Mundo haya hecho ensayos con el puma, el cuguar, el chischí y el tapir.

Pasemos en silencio la América, donde las lianas, enlazándose de uno á otro árbol secular, parece que oponen una impenetrable barrera á la civilización, ofreciendo seguro asilo al boa y á otros monstruos semejantes; no hablemos del Africa, donde la incesante llama del sol y los desnudos arenales, agitados de cuando en cuando por el simoun, inutilizan los trabajos del hombre; y consideremos que la misma Europa, aun en los tiempos históricos, era inculta y silvestre. Las primeras memorias hacen mención de pantanos, de fieras, de bosques donde se ejerció el valor de los Hércules y Teseos que vinieron del Asia. ¡Y cuán escaso de frutos no fué naturalmente nuestro terreno! Todo es artificio de inertos, de calor y de abonos, mientras que en Asia nace espontáneamente el trigo; adquieren los racimos el sonrosado color sin necesidad de cultivo; y el olivo, la higuera, el melocotonero, el moral, el cerezo, la caña de azúcar, el café, el naranjo, el nogal, el castaño



y el granado, ofrecen sus exquisitos frutos con pródiga abundancia entre los delicados perfumes del jazmín, la rosa y otra multitud de flores de colores los más vistosos y variados. Los europeos no hemos perdido aún la memoria de la época en que hicimos la adquisición de muchos de estos vegetales y los aclimatamos en nuestro suelo, trayéndolos de la misma tierra de la que nuestros antepasados aprendieron el modo de dividir y computar el tiempo, los nombres de los dioses y los símbolos con que poblaron el firmamento.

Las pirámides de Egipto han cesado de parecer las más antiguas desde que llaman la atención las ruinas de Persépolis y los inmensos hipogeos de la India; prueba de la anticipación con que allí se cultivaron las ciencias y las artes. ¡Qué hombres debían ser aquellos que levantaban ó socavaban tales construcciones! ¡Qué pueblos aquellos los que merecieron oír los acentos de David, Viasa y Homero! ¡Qué vigor de entendimiento no necesitaron para inventar aquellos sistemas de filosofía, en los cuales siempre se encuentra, ó aplicado en la práctica, ó cubierto con el velo de las ficciones y de los emblemas, el germen de cuantas brillantes hipótesis, metafísicas sutilezas é ingeniosas teorías han inventado los sábios y estadistas! ¿Quién podrá creer que tan estupendas maravillas sean informes y toscos ensayos de una generación que acaba de enderezarse sobre sus dos pies, y de dejar el hábito de sus inclinaciones de mono y sus nativas selvas?

Como antiquísimos, figuran el lujo oriental, y por consiguiente el oriental despotismo. Está tan consolidada la constitución secular de la China, que los mismos vencedores doblan la dura cerviz á su yugo. Aún conservan las castas de la India la huella de los reglamentos civiles y religiosos, que por siglos y siglos gobernaron al más pacífico de los pueblos; y la estabilidad y duración que aquellas naciones procuraban dar á sus monumentos y á sus instituciones, se parecen á la confianza de un joven que edifica lo que espera gozar por dilatados años. Monarquías pacíficas ó guerreras hallamos á orillas del Tigris y del Eufrates, entre los montes de la Media y en las riberas del

Nilo, apenas empieza á hablar la Historia; las cuales tomaron luego parte en los sucesos de las naciones de Occidente, y prolongaron su influencia hasta en la moderna civilización. En las mismas alturas de la Tartaria vemos que la desenfadada libertad de las hordas se combina con el despotismo de los kanes, forma del más antiguo régimen feudal. En una palabra, data en Asia el gobierno monárquico de una fecha tan remota, que los pueblos se han conaturalizado con su idea, de modo que el rey de Siam no hallaba medio de contener la risa cuando oyó decir que los holandeses vivían sin rey. Este gobierno se encuentra también establecido en las demás partes, conforme más se acercan al Asia; y la tiranía que pesa sobre Africa en los puntos que confina con esta, va disminuyéndose hasta parar en un gobierno patriarcal entre los cafres. Así es como en el Océano Meridional se ven brillar el lujo, las artes, las manufacturas y la monarquía á proporción que se avanza hacia el Asia; la América en sus extremidades no conocía el gobierno monárquico, en tanto que una mano extranjera lo había planteado en Méjico y en el Perú.

Ni América con sus volcanes, que aún arden, y con sus pantanosas llanuras, ni Africa, que debió tardar mucho tiempo en sacar del fondo de las aguas sus desiertos arenales, pueden aspirar al honor de haber dado el primer asilo al último y más predilecto fruto de la naturaleza, al que constituye el vértice de la inmensa pirámide de la Creación. Debíó, pues, el hombre, como tal, ser colocado en el centro de las más poderosas fuerzas orgánicas, en un país sobre el que la naturaleza hubiese derramado á manos llenas sus maravillas, donde el más vasto continente se extendiese entre los más encumbrados montes; en una palabra, en el corazón de Asia.

Si se pregunta sobre este particular á los mismos asiáticos, responderán que proceden del país circundado por el Caspio, el Mediterráneo, el golfo Pérsico y el Arábigo. Los chinos colocan su primitivo origen en la provincia de Chen-sí al NE.; los indios al N. de los montes Himalaya, esto es, en la Bactriana, límite de la Persia, que confina con el país



central. La Mesopotamia es la region más mediterránea, y en su elevacion debió el reciente diluvio haberla dejado rica de humedades y de aquella fertilidad que el largo trascurso de los siglos ha ido agotando.

Cuanto acabamos de exponer destruye por completo la asercion de los que suponen que el hombre nació meramente dotado de sensaciones, y que el acaso y la necesidad lo fueron despertando de la imbecil inercia en que dormitaba. Bajo el peso de apremiantes necesidades, jamás el hombre bruto habria inventado sino lo que le hubiera importado para satisfacerlas. Siendo esto así, ¿cómo habia de hallarse tan universalmente impreso el sello de las creencias religiosas? El lenguaje de estas es el más antiguo en todos los pueblos; los informes ensayos de civilizacion que entre los pueblos más rudos encontramos, se refieren siempre á un culto; y con himnos acompañan las danzas y cánticos de las solemnidades, himnos cuyo sentido no comprenden las más de las veces, y que por lo general están fundados en la reminiscencia de un mundo primitivo.

No, el hombre no podia elevarse hasta la razon sino por medio de la palabra, ni adquirir esta sin observar la unidad en la multiplicidad, lo invisible en lo visible, y el efecto en la causa, esto es, sin hacer uso de su razon; círculo vicioso, que se reproduce siempre que se discute sobre los principios de la humanidad.

Y se reproduce tambien en la idea de un contrato social, por medio del cual los hombres, redimiéndose de la condicion de las bestias, contrajesen el primer lazo de la vida comun. Si fuese así, ¿por qué razon no habrian de hallarse pueblos sin habla, ni razon, ni moral? Por el contrario, todas las historias nos demuestran que el hombre las poseyó siempre más ó ménos desarrolladas; de modo que podemos creer que constituyen el fondo y la esencia de su naturaleza, y que son anteriores á la razon especulativa, que nunca habria podido hallar un modelo perfecto para los casos prácticos.

Y en efecto: ¿cómo podrian convertirse en deberes los lazos del matrimonio y de la paternidad, sin que el hombre comprendiera los bie-

nes que de ellos redundan y el medio de alcanzarlos? ¿Cómo puede formarse una idea de los beneficios de la sociedad quien nunca los ha probado? Para que los hombres convinieran y quedaran comprometidos en un pacto social, era preciso que poseyeran un lenguaje comun para entenderse, formas de contratos, asambleas y representacion, es decir, que estuviesen ya ligados por los vínculos de la sociedad. Además, ¿con qué derecho aquel puñado de hombres habria podido obligar á la sucesion entera del género humano? ¿qué sancion autorizaba su pacto, si todo se fundaba en imágenes mudables y en inconstantes abstracciones? Finalmente, si este pacto fué llevado á cabo con el objeto de obtener la felicidad, ¿no podré yo, siempre que me sea gravoso, rescindirlo con el mismo derecho, y volver á llamarme libre?

Pero ¿es libre el hombre en las selvas, donde no tiene compañía, ni puede por lo tanto dar curso á sus afectos, ni aun siquiera usar de la razon, la cual sólo en la sociedad y por la sociedad se desarrolla? ¿Es libre donde todos tienen derecho á todo, lo cual perpetúa la guerra? ¿Es libre, hallando á cada paso impedida su accion por las fuerzas de una naturaleza á la cual todavia no sabe sujetar (1)?

Si los bosques y las cavernas, y la vaga Venus, y el vivir á modo de fiera, son el estado natural del hombre, no podrá ménos de considerarse como vicio esa desviacion de tales condiciones que llamamos sociedad y progreso; y las ciencias y las artes, lejos de afanarse por hermosear la vida y hacer más agradable el consorcio civil, deberian emplear su industria en hacer retroceder al hombre á aquel estado primitivo, que es la naturaleza y la libertad. Consecuencia verdaderamente lógica, cuyo absurdo bastaria para desmentir el principio, como basta la historia para negar que el hombre haya inventado el lenguaje, la religion y la moral. El estado salvaje es, pues, no ya el principio de la humanidad, sino una degradacion, una degeneracion hácia la naturaleza ani-

(1) Véase sobre esta materia á Taparelli, *Derecho natural*, obra notabilísima.



mal, en perjuicio de la naturaleza moral. Y que semejante decadencia hasta el completo olvido de todo elemento de civilizacion es posible, lo vemos todos los dias en América, y principalmente en el Brasil, que tiene países de prodigiosa fecundidad en los ganados, donde la vida tres cosechas, los bananos y naranjos están todo el año cargados de frutos, y donde sin embargo los hijos de los portugueses se encuentran reducidos á un estado brutal, sin contratos nupciales, sin moneda, sin sal, y casi sin vestidos ni religion.

No fué, pues, la sociedad civil formada por interés ni por adquirir nuevos goces, sino por necesidad, para mudar la vida de hecho en vida de derecho, y para impedir la destruccion de la especie. No deprava al hombre; antes, por el contrario, constituye el único estado en que le es posible encontrar la luz que ilumina su ignorancia y la norma que arregla sus inclinaciones; no es voluntaria, ni consecuencia de una casualidad, sino obligatoria y derivada de la naturaleza misma del hombre; ni quien tenga discernimiento podrá decir que el hombre renunció en parte á su libertad cuando renunció á la facultad de dañarse y destruirse; cuando consolidó la justicia, ó sea la seguridad del derecho de cada uno, y del bien moral y físico de todos; cuando adquirió, en fin, aquella libertad que consiste en la facultad de poder cada cual dirigirse á sus fines.

Ya en el Paraiso el primer hombre habia recibido el encargo de custodiarlo y labrarlo, como si de este modo se le hubiera dado á entender que el primer destino de nuestra especie es la lucha y el trabajo. Estos se aumentaron por via de castigo, cuando el hombre cayó en el pecado; castigo de padre, pues el trabajo contribuye á la salud y al bienestar, perfecciona al hombre, y le da la conciencia del ser y del vigor, que se concentra en el esfuerzo que hacemos para mejorar de estado y gozar aquella felicidad, que más bien es un sentimiento tranquilo, que una tumultuosa conquista.

No conuerda tampoco con la historia el sucesivo tránsito, imaginado por algunos, de la vida pastoril á la agricultura, y de esta á la industria y al comercio. Las dos primeras las

vemos ejercidas apenas el hombre fué condenado á vivir del sudor de su rostro. El fratricidio llevó á los descendientes de Cain lejos de las tiendas patriarcales; los cainitas multiplicaron y establecieron ciudades, donde se desarrolló la industria; de modo, que á la sexta generacion del homicida ya se cultivaban las artes metalúrgicas y se conocian instrumentos músicos. Habiendo vuelto luego el género humano, á consecuencia del diluvio, á formar una sola familia, se conservaron en ella las artes primitivas, y Noé fué agricultor y artesano; pero á medida que los hombres se fueron esparciendo por la haz de la tierra, cada cual varió de industria, segun los lugares, atemperándose á la necesidad, y descuidando el ejercicio de lo que no servia para la satisfaccion de sus necesidades. Por esta razon, vemos al negro trepar á los árboles más altos y á las rocas más erguidas, al groelandés lanzar con seguridad el harpon contra los cetáceos, al samoyedo luchar con el oso blanco, al canario perseguir, saltando de roca en roca, á la gamuza, á la tibetina llevar á los extranjeros á las más elevadas cumbres; cada cual, en fin, se nos presenta acomodándose á las exigencias del suelo en que se estableció. Quien no ve otra belleza más que la de los animales, se pinta el cuerpo y se pone crestas, cuernos y cola; el cazador se viste de pieles; el americano se adorna con plumas de sus aves, á las cuales la naturaleza prodigó gran riqueza de colores, como en compensacion de haberles negado la melodía del canto; y el habitante de las Marianas teje la corteza de la planta. Por otra parte, ¿qué diferencia entre el comercio de los ingleses y el de los chinos; entre el lapon, pastor de renos, el árabe, de camellos, el peruano, de llamas, y el mongol, de potros!

Nacieron, pues, y se desarrollaron las industrias con arreglo á los terrenos; pero la agricultura fué la que mayores alteraciones introdujo en la constitucion moral. Porque el hombre, despues de haber trabajado y sembrado un campo, quiere seguir paso á paso sus esperanzas, y para eso construye una casa al lado de la heredad. De aquí va desarrollándose naturalmente aquel poderoso sentimiento que